

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

JUAN PEREZ,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Barcia



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1862.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por senas.
A falta de pan...
Articulo por articulo.

Bonito viaje.
Bodicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes maladquiridos.

Corregidor que yerra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empuñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Cutilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioll.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está local!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falla.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el
ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Mediceis.
Ilusiones de la vida.

Jalme el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chluchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos español
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br.
La boda de Quedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carid.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (a)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres
Los inieles.
Los moros del Riff.
La segunda centésima.
La peor cuña.
La choza del almadrého.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martín Zurbarano.

JUAN PEREZ.

JUAN PEREZ,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. ROQUE BARCIA.

Estrenada con general aplauso en el teatro del Príncipe el día
1.º de Febrero de 1862.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR,

1862.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA MERCED.....	SRA. TORAL.
BLANCA	STA. MARIN.
BLASA, criada de la casa de D. Baltasar.....	BOLDUM.
JACINTA, criada del para- dor.....	SABATER.
JUAN PEREZ, 65 años, la- brador aragonés.....	D. MARIANO FERNANDEZ.
D. BALTASAR, 50 años, banquero.....	SR. ALISEDO.
ENRIQUE, hijo de Juan...	CASAÑER.
ANACLETO, hijo de D. Bal- tasar.....	TRINCHANT.
EL MARQUÉS, 50 años...	MONTAÑO.
LUIS, } criados de don	BENEDÍ.
ANTONIO, } Baltasar	GARRIGOSA.
ANSELMO, criado de Juan, traje del campo, arago- nés.....	DIÁZ.

La escena en Madrid. Tiempos modernos.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO ACTOR

DON MARIANO FERNANDEZ.

Mi querido amigo: V. debe dar gracias á Dios por dos cosas: por su talento, y por un deseo fervoroso, que no tiene igual.

Le soy deudor de tantos consejos, de tanta amistad, de tanto cariño, de tantas prestaciones generosas, que cumplo un deber de mi corazon dedicándole á V. este humilde ensayo de comedia española, como una prenda de mi pura y eterna gratitud.

Estoy seguro de que V. acogerá con gusto en su casa á nuestro honrado aragonés, en el desempeño de cuyo carácter ha crecido tanto, en el concepto público, la grande y merecida reputacion que ha sabido ganarse en veintiseis años de teatro.

Su afecto y agradecido amigo,

Roque Bárcia.

Madrid 10 de Enero de 1862.

ACTO PRIMERO.

Sala de la casa de D. Baltasar, alhajada con gusto. Entrada por el fondo; dos puertas laterales en cada lado. Mesa en medio con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

BLASA, despues BLANCA.

Al levantarse el telon aparece Blasa arreglando el ajuar y observando la escena. Silencio.

BLASA. Pues señor, es fuerte cosa
la que me sucede á mí.
Hace dos años que entré
en esta casa á servir,
y aun no he podido cantar
una copla del pais.
¡Oh! cuando vaya á mi tierra,
—que será por este abril,—
me estoy cantando tres dias
sin comer y sin dormir.
No oigo nada; tal vez duermen...
Esta es la ocasion... En fin,
todo un dia sin cantar
no lo puedo resistir.
¡Hola! la puerta se abre...

(Se abre la puerta de la izquierda del espectador, la cual está junto al proscenio.)

BLANCA. ¡Silencio, Blasa!

- BLASA. (¡Ay de mí!
Las aventuras de antaño
ya empiezan á relucir.)
- BLANCA. Quiero hablar con don Enrique
un momento...
- BLASA. Pero si...
- BLANCA. No temas, son dos palabras.
- BLASA. Si se llega á descubrir...
Repárese usted, señorita,
que—según anoche oí—
el señor almuerza solo,
y muy temprano ha de ir
á la prueba de un caballo
con el marqués de Alcañiz.
- BLANCA. Está tú á la expectativa...
- BLASA. Su padre de usted es muy...
y si sospecha... No, no.
- BLANCA. ¿No, Blasa? ¿Conque es decir
que no quieres ayudarme?
- BLASA. Con ese tono monjil
siempre me ablanda: veamos,
¿qué señal he de elegir
para que ustedes conozcan
que el señor viene...
- BLANCA. ¡Ah! si, si.
Entra, sacude los muebles,
canta...
- BLASA. ¿Cantar? ¡San Martín!
Cuando suene el almirez
echen ustedes á huir.
- BLANCA. Bueno.
- BLASA. ¡Por Dios, señorita!...
(El alma tengo en un tris;
si mi señor lo descubre...) (Vase.)
- BLANCA. ¡Dios mío, cuánto sufrir!

ESCENA II.

BLANCA, luego ENRIQUE.

- BLANCA. Intenta mi padre ciego
que sienta el amor en vano;

mas ¿qué corazón humano
no sinté de amor el fuego?
¿Cómo poder evitar
que el astro arroje su lumbre
desde la hermosa techumbre
donde Dios lo hizo brillar?
Te obedeceré, señor,
pero es inútil tu tema.
Yo amo como el fuego quema,
como el astro dá calor.
Oigo tu mandato, y cedo;
pero no cede mi herida.
Este amor está en mi vida,
y yo arrancarlo no puedo.
Si nos viésemos los dos...
Temo llegar á la puerta.
No sé qué hacer... ¡Ah! está abierta...

ENR. ¡Blanca!

BLANCA. ¡Silencio, por Dios!

ENR. ¿Qué tienes?

BLANCA. Callara en vano.

ENR. Expílicate...

BLANCA. Don Facundo...

ENR. ¿Quién?

BLANCA. El del piso segundo
pidió á mi padre mi mano...
¿no entiendes? para su hijo.

ENR. ¿Y tu padre?

BLANCA. Consintió.

ENR. Tiene riquezas; yo no...

Blanca, todo lo colijo.

¿Pero qué piensas hacer?

BLANCA. Tu Blanca, fé te promete;
hoy le he dicho en un billete
que no le puedo querer.

ENR. Pronto acabo mi carrera,
y luego que la concluya,
mi suerte uniré á la tuya
aunque mendigando fuera.

BLANCA. ¿Puedo tener confianza
en esa fé prometida?

Quitame, Enrique, la vida;

no me quites mi esperanza.
ENR. Escucha; dudas de mí,
porque ignora tu candor
este tesoro de amor
que yo guardo para tí.
¡Cuántas veces, Blanca bella,
en firmamento estrellado
ví tu semblante grabado
tras el fulgor de una estrella!
¡Y cuántas veces dormido
tu grato acento me hirió,
y en mi pecho resonó
aquel acento querido!
¿Á qué hablar,—¡vana quimera!—
á qué hablar de mi pasión?
Yo odiara mi corazón
si él amarte no quisiera.
¿Mas tiene tu padre, Blanca,
algún indicio quizás?...
BLANCA. Mi padre se cuida más
de sus negocios de banca.

ENR. ¿Tu madre?...
BLANCA. Eso no te aflija.
ENR. ¿Crees tú que puede saber?...
BLANCA. ¿Cómo á una madre esconder
las lágrimas de su hija?

(Suena el almirez fuertemente; no cesa hasta que aparece D. Baltasar por la derecha.)

¡Ah! mi padre llega; corre...

ENR. Vóime al aula.

BLANCA. ¡Adios!

BALT. ¡Luis!

(Dentro, llamando. Váse Enrique por el fondo izquierda. Blanca por la derecha. Por el mismo lado asoma D. Baltasar, luego Blasa por el fondo derecha.)

ESCENA III.

D. BALTASAR, BLASA.

BALT. ¡Luis!

BLASA. Señor, aun no ha vuelto.

- BALT. Ya de vuelta lo creí.
Pero ¿á qué tanto ruido
á la hora de dormir?
- BLASA. Preparo la salsa...
- BALT. ¡Ya!
Oye; ¿quién ha estado aquí? (Receloso.)
Esa puerta se ha movido...
- BLASA. Sin duda el aire... (¡Infeliz!)
- BALT. De noche queda cerrada;
¿pues quién la ha podido abrir?
- BLASA. El aire... como hay tormenta...
truenos me parece oír...
- BALT. ¿Tormenta cuando en el cielo
ni una sola nube ví?
- BLASA. Yo no he salido á la calle;
asi lo dijo Fermin...
(Entre dos guardias civiles
me hace marchar á Guadix.)
- BALT. El almuerzo.
- BLASA. Pronto está.
- BALT. Anda, ya puede venir.
- BLASA. En el comedor espera.
- BALT. Muchacha, tú eres cerril.
- BLASA. No entiendo, señor.
- BALT. ¿No entiendes?
Harto estoy de repetir
que cuando almuerzo á estas horas
no quiero comer allí.
No hay luz...
- BLAS. ¡Ah!
- BALT. ¡Siempre te aferras!...
- BLAS. (Hoy tenemos mal humor.) (Váase.)
- JUAN. ¡Ave Maria! Señor...
- BALT. ¡Hola! ¿usted por estas tierras?

ESCENA IV.

D. BALTASAR, JUAN PEREZ, luego BLASA y CRIADO.

- BALT. ¿Su gente?...
- JUAN. Pasando vá.
¿La niña y doña Merced?...

- BALT. Buenas. ¡No imagina usted cuánto anhelo ir por allá!
¡Ver tantas lilas y acacias!
¡Qué llanuras! ¡Qué horizontes!
¡Qué tal? los valles, los montes...
- JUAN. Todos buenos, á Dios gracias.
- BALT. ¡Dar á un pernil sendos tajos entre tomillo y espigas!...
- JUAN. ¡Y qué bien saben las migas, con torreznos y con ajos!
- BALT. ¡Qué fruta! ¡qué albaricoque!
¿Y aquel árbol colosal?
- JUAN. ¿Árbol?
- BALT. Aquel del corral...
- JUAN. ¡Ah, si! ¡soberbio alcornoque!
- BALT. ¡Eh, chica! (Llamando.)
- BLASA. ¡Mesa aviada!
- BALT. Algo olvidarás, de cierto.
- BLASA. Pan, servilleta, cubierto, botella... No falta nada.
- BALT. ¿Y el pichon?
- BLASA. Está el pichon.
(Váse con el criado.)
- BALT. ¿Quiere almorzar?
- JUAN. Ya almorcé.
(D. Baltasar se sienta; pausa bastante larga.)
- BALT. ¿Ocurre?
- JUAN. Hablar con usted.
- BALT. ¡Ni pintada es la ocasion!
¿Asunto grave?
- JUAN. Tal cual.
- BALT. ¿Dinero?
- JUAN. No me comprende.
- BALT. (¿Á qué vendrá aqui este duende?)
- JUAN. (Pues no se presenta mal.)
- BALT. Oigo...
- JUAN. Señor, es el caso...
mas si alguien la oreja aplica... (Receloso.)
- BALT. Aguarde un momento: ¡chica!
- BLASA. ¡Señor!

ESCENA V.

LOS MISMOS, BLASA.

- BALT. No me has puesto vaso.
BLASA. ¡Vaya! Lo tiene usted ahí.
(El vaso estará colocado de modo que lo oculte la botella del agua.)
BALT. Dices bien; ¡voto á Satán!
Puedes irte: hable usted, Juan.
JUAN. ¿Pero estamos solos?
BALT. ¡Si!
JUAN. En Fitero estuvo usted.
BALT. Guardo una memoria fija.
Con mi esposa, con mi hija...
JUAN. Y su Anacleto. (Con mucha intencion.)
BALT. Asi fué.
JUAN. Sin rumbo se encontró allí;
casa en el pueblo no habia,
pero yo casa tenia
y de par en par la abrí.
Aunque es mi fortuna escasa,
yo procuré en cuanto cabe...
Don Baltasar, usted sabe
que fué el amo de mi casa.
BALT. ¿Con qué objeto?...
JUAN. No se ofenda,
de que estas cosas indague;
no es para que me lo pague,
sino para que lo entienda.
El verano al fin pasó,
y usted siguiendo otro norte,
se volvió luego á la córte
y en Fitero quedé yo.
¡Pues no me quedó mal cirio!
¿No se acuerda de mi Juana,
muchacha fresca y lozana,
fresca como es verde un lirio?
BALT. ¿Aquella?...
JUAN. ¡Por decontado!
Pues dió en picarse del ala.

BALT. Ya entiendo; se puso mala.
UAN. Está en el hueso pelado.
Contra su buena ralea,
yo enflaquecerse la via;
mas flaca la vi otro dia,
y hoy está... que se clarea.
Viene el barbero Nonato,
y me dice el muy borrico:
La chica tuerce el hocico
si no se muda de lato.
Sigue renqueando Juana,
el barbero me aporrea;
la monto en un macho, ¡ea!
y la mando con su hermana,
que casó por San Anton
con el juez de Tarazona;
la primera mocelona
de todo el alto Aragon. (Con entusiasmo.)
Yo en Fitero á todo esto
me paseaba sin reparo;
mientras que la chica... es claro...
yo... inocente, por supuesto!
Cate usted que á lo mejor
una carta; era una red...
«Padre, ha de saber usted
que Juanica está peor.

(Juan mira á D. Baltasar atentamente; D. Baltasar le mira tambien, como para comprender sus intenciones.)

BALT. ¿Mas qué padece, á fé mija?

JUAN. Señor, yo se lo diré.

Cuando su Anacleto fué,
mi Juana un novio tenia.

BALT. ¡Ah! ¿novio? (Comprendiendo algo.)

JUAN. Persona tosca.

Don Anacleto fué allá...

BALT. ¿Mi Anacleto dice? ¡Bah!

¡Si mi niño es una mosea!

¡La criatura no hace un guiño!

¡Si le acobarda el rubor!

¡Cuántas veces!...

JUAN. ¡Si, señor,

fiese usted de su niño!

- BALT. No se parece á los Borjas;
se ruboriza, se esconde...
- JUAN. ¡Ya, ya! Mire usted por dónde
sacó el pié de las alforjas.
- BALT. ¿Mi chico se ha desmandado?
- JUAN. ¡Eh! ponga en su lengua tasa.
Entienda usted que en mi casa
se hila, amigo, muy delgado.
Si ella resbalase un pié,
mato—yo se lo prometo—
con mi Juana á su Anacleto,
y con su Anacleto... á usted.
- BALT. Bien; hablemos con reposo.
Déme cuenta de ese paso,
porque, por Dios, que el tal caso
es un caso muy curioso.
- JUAN. El doncel vió á la doncella;
la doncella vió al doncel;
algo hubo de decir él,
y algo hubo de creer ella.
Su hijo de usted, ó el demonio
que andaba en esta tramoya,
la habló un dia.—¡Aqui fué Troya!
¡Pues! la habló de matrimonio.
Y tal que llegó á su oído...
Nada, figúrese usted;
una chica... ya se vé,
la infeliz perdió el sentido.
El novio se puso en celo,
mudada á la chica halló,
y el muchacho se amoscó
y no se le ha visto el pelo.
Luego dice lo que pasa
abultando cuanto cabe;
todo Fitero lo sabe...
y la chica no se casa.
Y como bastá una hablilla,
una sospecha ruin...
—¡que mas vale ser mastin
que ponerse una mantilla!—
Mi Juana, aunque yo funfuño
y estoy siempre de sermon,

suelta cada lagrimon
tamaño como este puño.

Y sufre tales quebrantos,
que de congoja se muere;
porque la chica... no quiere
quedar para vestir santos.

BALT. ¡Morirse! ¡necio temor!
No abrigue usted tal cuidado.
Ya esos tiempos han pasado...
Nadie se muere de amor.

(Juan quiere hablar)

¡Basta de esto, por mered!
No me hable de esa quimera.

JUAN. ¡Que se muera ó no se muera
eso no es cuenta de usted!

Pero al mirar su afliccion
mi sangre á bullir empieza...

Uno no tiene cabeza,
pero tiene corazon.

Y aun cuando á usted no le cuadre,
natural es que me aflija.

Señor, mi Juana es mi hija;
y mas... que no tiene madre.

Estando en tiempo de ócio
yo me dije: algo he de hacer;

pues, nada, á Madrid á ver
cómo se arregla el negocio.

Aparejo mi borrega,
echo mano á una cecina,

y cuando asi se camina
á todas partes se llega.

Anoche mismo llegué,
en el parador dormí,

temprano me vine aqui...
conque aqui me tiene usté.

BALT. ¡Ah! no sé qué decir.

Siendo de su clase, pase;
pero siendo de otra clase

ella no lo debió oir.

JUAN. Pues usted, si es tal su afan,

debió ponerle un letrero:

«Hola, mozas de Fitero,

no os prendeis de este galan.»
Pero se vieron los dos;
ella no miró su nombre;
vió un hombre, es decir, un hombre...
como al hombre cria Dios.
Y por Cristo que mal viene
ese orgulloso desvio,
porque al cabo, señor mio,
no es pobre quien honra tiene.

BALT. Sí, discurremos con tino.
Es muy justo su dolor;
(Juan saca de la petaca un puro y avios de encender.)
Pero... ¡muchacha!

BLASA. ¡Señor!

BALT. ¿Y la botella de vino?

ESCENA VI.

LOS MISMOS, BLASA.

BLASA ¡Ay! la dejé...

(Váse y vuelve con la botella.)

BALT. ¡Qué chiquilla!

JUAN. Vaya, pique de ese puro...

BALT. No, no, gracias... (De seguro
es peor que una guindilla.)

JUAN. ¡Vamos, hombre!

(Ofreciendo puro, navaja y papel.)

BALT. (¡No me pesca!)

No gasto...

JUAN. ¿Ya no lo gasta? (Sorpresa irónica.)

BLASA. ¿Echo?

BALT. Si.

BLASA. Usted dirá.

BALT. Basta.

Dá fósforos.

JUAN. Tengo yesca:

(Toma al fin el fósforo de Blasa y enciende el puro.)

BALT. Sal. (Á Blasa que se vá.)

ESCENA VII.

D. BALTASAR, JUAN.

- BALT. ¿Qué quiere, en conclusion,
para evitar tal revés?
- JUAN. Quiero... lo que quiero es
que es usted un buen moscardon.
- BALT. Pero si segun colijo
y usted propio ha confesado,
él su honor ha respetado...
¿qué pide usted á mi hijo?
- JUAN. Él su desventura labra
y tiene que ser mi yerno:
señor, al buey por el cuerno,
y al hombre por la palabra.
Lo que prometió ha de hacer,
ó su honor á mi hija mengua,
que tambien mata la lengua
el honor de una mujer.
- BALT. Si, ya comprendo su idea
y alabo su probidad;
pero esa formalidad
es cosa para una aldea.
Palabra! ¡Ocurrencia linda!
¡Ay, amigo! por acá
una palabra se dá
como se come una guinda.
Acaso no lo comprende;
pero mude usted de norte;
á lo menos en la córte
una palabra... no ofende.
- JUAN. Dice usted que por aquí
la gente asi se despacha...
¿Qué importan á mi muchacha
los enredos de Madri?
Mi chica vive en la sierra,
á nadie vino á buscar,
y esto... se ha de sentenciar
por las leyes de mi tierra.
¿Qué! ¿por ser pobre mi Juana

se han de burlar de su honor?
Pues no hay tal caso, señor,
en la doctrina cristiana;
y si usted, según he visto,
tuerce el hocico y replica,
mando luego por mi chica,
y habrá la de Dios es Cristo.

BALT.

Juan Perez, al caso vengo.
Usted en su abono habló;
pues ahora alegraré yo
varias razones que tengo.
Es cierto que su lealtad
me abrió en Fitero su casa,
y que no tuvieron tasa
sus favores; es verdad.
Pero en pago del favor
que en su casa recibí,
yo mi casa á su hijo abrí,
dándole no poco honor.
Por él mi crédito aboga,
y al terminar su carrera,
yo haré de modo y manera
que alcance una buena toga.
Y usted, con mucha razon,
se juzgará muy honrado,
viendo á un hijo magistrado
en Castilla ó Aragon.

JUAN.

¡Otra! ¿y qué tiene que ver
la palabra dada en vano,
con la toga del hermano
y el honor de una mujer?
Dígame usted: mi chiquilla,
¿tendrá su novio otra vez
con que su hermano sea juez
en Aragon ó en Castilla?
¿Á mí con esa patraña?
¡Bah! ¿me ha creído tan bobo,
ó me toma por un lobo
que viene de la montaña?

BALT.

Es un caso peligroso;
esto no es ponerla tacha...
Perdóneme usted.—¡Muchacha!

este pichon está soso.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, BLASA. Luego LUIS, por el fondo.

- BLASA. ¡Válgame Dios! ¿soso está?
El salero traeré...
- JUAN. No, señora; deje usted... (Ironía.)
¡Si se lo ha comido ya! (Váse Blasa.)
- BALT. Comprendo su afán profundo;
su imprudencia á mi hijo tacho;
mas son cosas de muchacho...
en fin, cosas de este mundo.
Quizá le causo molestia...
- JUAN. Soy Juan Perez.
- BALT. Ya lo sé.
- JUAN. Don Baltasar, mire usted
que Juan Perez es muy bestia.
- BALT. ¡Já! ¡já! yo entre dudas lucho;
la pobre Juana... ya veo...
- LUIS. El coche.
- BALT. Vóime á paseo.
- JUAN. ¡Vaya, divertirse mucho!
- BALT. Mi casa siempre está abierta...
- LUIS. El Marqués espera abajo.
- BALT. En cuanto al fin que le trajeo...
- JUAN. ¡Vaya! que usted se divierta.
- BALT. No, no; cosa grave es.
Yo ignoraba este secreto,
y hoy se casa mi Anacleto
con la hija de ese marqués.
- JUAN. ¿Se casa? ¡Pues adelante!
- BALT. Estaba ya combinado...
- JUAN. No en balde me han afirmado...
- BALT. ¿Qué?
- JUAN. Que es usted un farsante.
- BALT. ¿Cómo?
- JUAN. ¿Por qué me reprende?
- BALT. ¡Juan, modere usted su porte!
- JUAN. ¿Pues no dijo que en la córte
una palabra no ofende?

BALT. (¿Hay tamaño atrevimiento?)
JUAN. ¿Y se enoja? ¡Qué capricho!
¡Y eso, señor, que mi dicho
no le quita casamiento!
BALT. Perdóneme usted, me aguarda ..
JUAN. ¡Pues, don Baltasar, veremos!
También por allá tenemos
nuestra gramática parda.

ESCENA IX.

JUAN, luego ENRIQUE.

JUAN. ¡Oh, la rabia me remoja!
Soy un patan de Aragon;
¡pero tengo un corazon
mas grande que Zaragoza! (Medita.)
Bien estoy, ¡cuerpo de tal!
¿Si vendré yo á hacer el oso?
«Este pichon está soso...»
¿Soso?... Yo te daré sal.
Mas ¿qué hago? ¡Fortuna negra!
Discurramos poco á poco:
¿Cómo le volveré loco?
¡Si ese hombre tuviese suegra!...
Voy; á la madre veré
y al moderno pretendiente...
ENR. (Se me olvidó el expediente...)
¿Qué miro? Padre, ¿aqui usted?
Aviso no recibí...
JUAN. Se arregló de esta manera...
ENR. No entiendo.
JUAN. ¡El sombrero y fuera!
ENR. ¿Adónde?
JUAN. ¡Fuera de aqui!
ENR. ¿Mas qué ocurre?
JUAN. Callo ahora;
á su tiempo lo diré...
ENR. ¡Ah, no, señor! hable usted;
la impaciencia me devora.
JUAN. Gil á Juana pretendió,
y cuando á casarse vá,

don Anacleto fué allá
y casarse la juró.
Al antiguo pretendiente
pone Juana cara fosca;
al novio le entra la mosca,
y el diablo que oiga á la gente.
Murmura la tía Romera,
la tía Blasa, el tío Jacinto,
y con este laberinto
tu hermana muere soltera.
Y ya puedes calcular
cuál su pena debe ser...
¿De qué sirve una mujer
que no se puede casar?
La muchacha cierra el pico,
está mustia, cavilosa...

ENR. ¡Ah! creí que era otra cosa...

JUAN. ¿Eh? ¿pues qué creiste, chico?

ENR. Señor, en vano se irrita;
una palabra no hiera...

JUAN. Y si tu hermana se muere,
dí, ¿quién me la resucita?

Y si cada cual entabla
á su modo la cuestion,
¿quién vá á poner un tapon
en la boca del que habla?
¿No lo juró? ¿No lo debe?
Pues que pague lo que deba.

¡Cuando un hombre el labio mueva,
que mire cómo lo mueve!

ENR. ¿Lo quiere usted obligar?

JUAN. ¡Aunque se hunda el firmamento!

Por él perdió el casamiento,
y con él se ha de casar.
¡Basta, Enrique! pilla el trote...

Al mancebo veré yo,
y ó cumple lo que ofreció,
ó bailará de cogote.

ENR. Señor, prudencia y reposo.

¿Vió al padre?

JUAN. ¡Vana porfia!

ENR. ¿Dijo?

- JUAN. Nada... ¡Ah, si! decia
que el pichon estaba soso.
- ENR. No obre usted de un modo ciego...
- JUAN. De aconsejarme no trato.
Chico, callas ó te mato,
aunque yo me mate luego.
Ellos me abren una brecha
y yo he de abrir mas de una;
en el parador de Luna
tienes ya la cama hecha.
- ENR. Temo, si esto se complica,
que de protegerme deje...
- JUAN. ¡Hola! ¿porque él te protege
ha de padecer mi chica?
¡Me gustan esas razones!
¿Sabes que has adelantado?
Si no puede ser letrado;
vaya usted á estripar terrones.
(Con dignidad y fuego.)
Que aunque á tu orgullo no cuadre,
yo á lo paleta colijo,
que bien puede hacer un hijo
lo propio que hizo su padre.
- ENR. Bien; pero no corre prisa,
mi equipaje. .
- JUAN. ¡No, señor!
En donde queda el honor,
quede tambien la camisa.
¿Conque el caso no te ofende?
¿conque no te causa enojo?
¡Ya! quien anda con un cojo
pronto á renquear aprende.
Tú saliste de Aragon;
aqui en la córte has vivido;
ello no sé cómo ha sido;
pero... te has hecho un bribon.
- ENR. ¡Padre!. . (¡Justicia divina!)
- JUAN. Chico, no me hagas la guerra,
porque te llevo á la tierra
y te cuelgo de una encina.
Despídete sin demora,
y en el parador te espero.

ENR. ¡Anda!
Voy.
JUAN. (Observar quiero. .)
(Váse por el fondo derecha.)

ESCENA X.

ENRIQUE. Sucesivamente BLASA y BLANCA.

ENR. Es justo y noble su encono;
él me manda y yo le sigo;
¿pero cómo á Blanca digo
que hoy esta casa abandono?
¡Blasa! Á Blanca espero aqui;
vuela, que salga en seguida. (Parte Blanca.)
¡Loco estoy, Dios de mi vida!
¿mas qué hago?

BLANCA. ¿Me llamas?

ENR. Si.

BLANCA. ¿Qué tienes?

ENR. ¡Hado cruel!
Ten piedad de mi afliccion,
que harto sabe el corazon
la pena que tengo en él.
Hoy abandono tu casa...

BLANCA. ¿Mi casa? ¿Pues quién te ha echado?

ENR. Mi padre me lo ha mandado.

BLANCA. Pero, ¡santo Dios! ¿qué pasa?
Responde á mi frenesí:
¿en qué te he faltado yo?

ENR. Tu hermano á mi hermana dió
la palabra que te dí.
¡Ahora que tu padre elija!

BLANCA. ¡Oye!

ENR. ¡Marchamos al par!

BLANCA. ¡Enrique!

ENR. Don Baltasar,
tras mi hermana está tu hija! (Váse.)

BLANCA. ¡Padre! (Gritando.)

ESCENA XI.

BLANGA, DOÑA MERCED, luego JUAN.

MERGED. Ha salido tu padre;
templa esa impaciencia insana;
tú estás detrás de su hermana;
detrás de tí está tu madre.

(Juan aparece en el fondo al mismo tiempo que la madre sale por la izquierda del actor.)

JUAN. ¡Señora!

MERGED. ¿Quién me llamó?

¡Juan Perez, sé su querella!...

JUAN. Usted está detrás de ella,
detrás de usted estoy yo!

(Váse reposadamente por el fondo. La madre y la hija se miran, silencio. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. BALTASAR, DOÑA MERGED, oculta por la derecha.

BALT. Nada, entornaré la puerta
(Entornando la puerta lateral que hay en segundo término, en el ángulo de la derecha del espectador.)
para calcular á solas
lo que me conviene hacer
en medio de esta tramoya.
Merced estará ocupada
y temer no debo...

MERGED. ¡Hola!
(Entreabriendo la puerta que entornó D. Baltasar.)
Ya que de mí se recata,
natural es que yo oiga.
Escucharé desde aquí.)

BALT. Vayamos á lo que importa.
El Marqués no es millonario;
pero es su estirpe famosa.
Mayores son mis riquezas;
mas no tengo ejecutoria.
Lo que yo ambiciono él tiene;
tengo lo que él ambiciona;

pues juntando las fortunas
ni nos falta ni nos sobra.
Por lo que respecta á Juana,
esto y pensando una cosa.
Su padre me dijo ayer
—si no yerra mi memoria—
que habia tenido con otro
relaciones amorosas.
Doy al novio un par de bueyes,
regalo un traje á la novia,
de este modo los avengo,
y aqui paz y despues gloria.
Pero no estará de mas.
por si mi plan no se logra,
el que hoy firme mi Anacleto,
y mañana sin demora
la plante en la diligencia
con direccion á Bayona,
y de esta manera evite
compromisos que me estorban.
No valdrán ruegos ni llantos;
pluma y papel.

MERCED. (¿Qué plan forja?)

BALT. «Marqués, si á las tres no tiene

(Dicta y escribe.)

ocupacion perentoria,
le espero en esta su casa
ó donde usted me proponga,
con el fin de terminar
el asunto de la boda.

Queda de usted como siempre
su afecto.—Baltasar Borjas.»

Á mas de esto, don Facundo
es hombre de muchas onzas;
caso á Blanca con su hijo
y es la jugada redonda.

¡Antonio! (Llamando.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, ANTONIO, en el fondo.

ANT. ¡Señor! (Desde el fondo.)
BALT. Acércate.

(Mirando con recelo á la puerta de su cuarto, por si escucha Doña Merced.)

Lleva este billete en posta
al Marqués: ¿entiendes?

ANT. Bueno.

BALT. Al Marqués, no á otra persona.
No me des ningun recado
delante de la señora,
pues no quiero que comprenda...

ANT. ¡Ni una palabra!

BALT. ¡Galopa!

Ya sabes lo que te he dicho...

ANT. ¡Ah! si, señor.

BALT. ¡Punto en boca!

ANT. Cabal. (Todo se lo cuento
sin faltar punto ni coma.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, menos ANTONIO.

BALT. Parece que me han quitado
un peso de veinte arrobos.
Luego que venga Juan Perez
le hablaré... Vóime á la Bolsa;
pero parece temprano.
Veré á don Fabian Bedoya,
—aquí en el piso tercero—
á ver si al cabo me abona
los dos mil duros del saldo... (Vase.)

ESCENA IV.

DOÑA MERCED, luego LUIS, BLANCA, oculta.

MERCED. Partió: el cielo me socorra.
Desprecia al pobre Juan Perez,
á su dolor le abandona;
busca un escudo de armas,
porque su altivez ignora
que la dicha de ese hombre
es hoy nuestra dicha propia.
¡Basta ya! Yo debo hacer
que se despeje la incógnita.
Si, la mision de la madre,
por mas que sea penosa,
es una mision sagrada,
y el cielo por ella aboga.
(Vá á la mesa y escribe.)
«Juan Perez...» ¡Pero qué hago?
Una carta es peligrosa.
(Rompe el papel y arroja los pedazos al suelo.)
Un aviso enviaré
al parador. ¡Luis! (Llamando.)

LUIS. ¡Señora!

MERCED. Nada digas á mi esposo
de este recado. (Con gran reserva.)

LUIS. ¿Yo? (¡Hola!)

MERCED. No es asunto que le agravia.

LUIS. Yo soy la reserva propia.

MERCED. Dí á Juan Perez que á las tres
—¡que no olvides esta hora!—
le espero sin falta alguna.

LUIS. No lo olvida mi memoria.

MERCED. El Marqués está citado,
y asistir mucho le importa.
Corre al parador de Luna...
¿Sabes?

LUIS. No sé.

MERCED. Hacia la Ronda.

LUIS. ¿Por la puerta de Toledo?

MERCED. Si, mas allá...

LUIS. (¡Santa Mónica!

¡Pues está en Carabanchel!

MERCED. Ven; allí tengo una nota...

(Vánse por la derecha del espectador, al mismo tiempo que por otra puerta del mismo lado asoma Blanca, que se supone haber oído algo.)

ESCENA V.

BLANCA, luego ANACLETO, observando, luego BLASA.

BLANCA. Ese aviso es para Enrique;
las señas no se equivocan.
¿Qué será? Dudando estoy...
¿Qué será, Virgen piadosa?
Yo debiera prevenirle
que ignoro esta trama...

ANAC. (¡Oiga!
Ella á pleitos con su novio,
y yo á pleitos con mi novia.)

BLANCA. ¡Blasa! (En el fondo.)

ANAC. (Espero.)

(Blasa vé á D. Anacleto, que se retira, y dice)

BLASA. (¡Qué hermosura!
Estos enredos me engordan.
Para mí no hay mejor plato
que una buena trapisonda.)
¡Aquí estoy ya, señorita! (Muy alto.)

BLANCA. ¡Calla! tu timbre alborota.
Llama á un criado.

BLASA. ¿Criado?

Sepa usted toda la historia.
El señor envió á Antonio,
luego á Luis la señora,
Jacinto fué á cobrar letras,
Mariano aun está en la compra,
á las seis de la mañana
ocupé yo al limpia-botas...
Sepa usted que tambien Clara
está de dacas y tomas
con don Ignacio, el barbero
esquina á la calle Angosta;
conque mándeme usted á mí

y queda la casa sola.

BLANCA. Una idea me acude. (Repentinamente.)

BLASA. Oigo.

BLANCA. ¡Nunca mi fé me es traidora!
Enrique debe venir;
espérale.

BLASA. No soy tonta. (Observando la escena.)

BLANCA. Mas que mi padre no entienda...

BLASA. Eso es lo que me trastorna;
si mi señor huele algo
voy á Guadix con escolta.

BLANCA. Ten piedad de una amargura,
que al fin me volverá loca.
¡Ay! son dolores del alma,
que tú por fortuna ignoras.

BLASA. ¿Qué sabe usted, señorita?
Cada cual tiene sus cosas...
No llore: ¿ve usted? mis ojos
empiezan ya gota á gota...
(Esto lo dice acompañando hasta su cuarto á Blanca.)

ESCENA VI.

BLASA, despues ANACLETO.

BLASA. (¡Qué corazon este mio! (Para sí.)
¡Este corazon me ahoga,
este corazon me anuncia
una desgracia horrorosa!
Vóime á la cocìna... ¡Calle!
El otro...)

ANAC. (La vez me toca.)

¡Blasa!

BLASA. ¡Señorito!

ANAC. Escucha.

No, espera...

BLASA. (¿Qué reflexiona?)

ANAC. (Á las tres dijo mi padre
que he de firmar.) Oye.

BLASA. (¡Posma!)

Ya le escucho.

ANAC. Aguarda un poco.

BLASA. (¡Cuidado si el niño es moseca!)

ANAC. Dí á mi padre que en union
del duque de Ratisbona,
del ruso Hieschiskanbiskis
y un bey de Constantinopla,

(Con mucho énfasis.)

(Mi padre no dirá nada
yendo con gente tan gorda.)
me fui á la riña de gallos
ó al tiro de la pistola,
y que de allí iré al Real
haciendo escala en la fonda.

(¡Pues! de este modo no firmo
el contrato de la boda...)

BLASA. Está bien. (Yéndose muy aprisa.)

ANAC. Espera, espera...

(¿Y si mi padre se enoja?

¿Y si en mi cuarto me encierra,
y me retira la bolsa,

y al billar no puedo ir

á jugar mis carambolas?)

Llégate; escucha al oído...

BLASA. (¡Uy! me quema su pachorra.)

ANAC. Dí á mi padre... (Vacila.)

BLASA. (¡Yo que tengo
un genio como una pólvora!)

ANAC. Dile que en mi cuarto estoy
tumbado allí á la bartola.

BLASA. ¡Abur! (Con mal gesto.)

ESCENA VII.

BLASA, luego LUIS, despues BLANCA.

BLASA. Me pasearé,
si no me voy á dormir.

(Se mira á un espejo y se aliña.)

Pues señor, soy muy bonita
y liablo con mucho tilin.

Aunque esté mal en mi boca,
la verdad se ha de decir.

Y luego muy bien criada,

muy bien criada, eso si,
y de muy finos modales
cuando me peina Beatriz,
y me pongo mi vestido
con mas flores que un jardin.
Mas don Enrique no viene;
si la señora... ¡Mandril!

(Á Luis, con quien tropieza al entrar en el cuarto de
Doña Merced.)

LUIS. ¡Aparta!

BLASA. ¡Hola! ¿recaditos?...

LUIS. ¡Y este duro! (Sacando uno.)

BLASA. ¡Galopin!...

LUIS. Recado de la señora...

BLASA. ¿De la señora?... Pues dí...

(Luis la agarra de la mano, la trae al proscenio y la
dice con misterio.)

LUIS. Recado para el paleta
que ha venido de...

BLASA. Si, si.

¿No se lo has dicho al señor?

LUIS. No le he visto. (Con sentimiento.)

BLASA. ¡Lengua ruin!

Guarda el secreto...

LUIS. Bien. (Esta

se lo quiere antes decir.

¿Pasos? Guardo mi propina
y me escurro.)

BLANCA. ¿Quién? ¡Luis! (Llamando.)

¿Adónde vas?

LUIS. Señorita,

no lo puedo descubrir.

BLANCA. ¿Cómo?

LUIS. Á su madre de usted

guardar reserva ofrecí,

y como usted bien conoce,

mi palabra he de cumplir.

Por lo mismo, hablar no puedo

de esta comision sutil

(Aprisa hasta el final.)

para Juan Perez, diciéndole

que á las tres le espera aqui,

porque á esas horas vendrá
el Marqués con cierto fin,
y ella calcula que él
debe tambien asistir...
Conque ¡hasta la vuelta!

BLASA. (¡Este
vá aprendiendo ya de mí!)

BLANCA. (¡Qué impaciencia!... si le viese...)

BLASA. ¿Aguardo, ó me puedo ir?

BLANCA. Puedes irte.

BLASA. Pero...

BLANCA. ¡Calla!

Déjame tranquila aquí.

BLASA. (Cuando precisas no somos
nos tratan como á un mastin.)

ESCENA VIII.

BLANCA, luego DOÑA MERCED.

BLANCA. ¿Por qué este anhelo profundo?

¿Por qué esta eterna memoria?

¡Amor! ¡amor! ¿Es la gloria

ó el infierno de este mundo?

Pero ¿en qué lugar se anda

este desvario ciego?

¿De dónde viene este fuego

en que se quema la vida?

(Queda abismada en sus ideas. Doña Merced aparece
en la puerta de su cuarto, y oye la última cuarteta.)

MERCED. (Para sí.)

¡Baltasar, no logras nada!

Tu hija sueña otro querer;

y si sueña una mujer,

no hay padre que la persuada.

BLANCA. (¿Y si me entrega al olvido?

Yo no puedo sosegar...)

MERCED. Blanca, tenemos que hablar.

BLANCA. (¡Ah! ¡mi madre! ¿Me habrá oído?)

MERCED. Ven, no me engañes á mí.

(Después de mirarla atentamente.)

BLANCA. Señora, franca seré.

MERCED. ¿Qué es lo que tú inventas, qué,
para atormentarte así?

¿Por qué esa loca porfía?

BLANCA. No, señora; yo no invento
este oculto sentimiento
que brota del alma mía;
el dolor que así me hiere
yo no lo puedo explicar...

MERCED. Pero, hija, ¿por qué has de amar
á quien tu padre no quiere?

BLANCA. Me dice usted que no ame;
pues diga usted á la flor
que con su nativo olor
á las auras no embalsame.
Diga usted al ave inocente,
que entre las brisas de abril
no abra su pico gentil
á la querella que siente...

MERCED. Oye.

BLANCA. Por él gimo y lloro.

¡Ah! nada inventa mi empeño;
es que lo miro y lo sueño,
es que le amo, es que le adoro.
Si un acento llego, á oír
á su acento parecido,
mi corazón aturdido
quiere del pecho salir.

(Muda de tono.)

Á sus mandatos soy fiel;
me someto á su rigor;
mas si esto, madre, es amor,
yo sienta ese amor por él.

MERCED. Á tu padre has de acatar;
hija, calma tus extremos;
aunque para amar nacemos
y haces muy bien en amar.

BLANCA. ¡Qué placer, madre adorada!

MERCED. Deja á mi cargo esa intriga.
La madre es madre... y amiga;
como una madre no hay nada.
Luego á tu padre hablaré.
Alguien se acerca; me voy...

ENR. (Es ella; temblando estoy.)

BLANCA. ¡Ah! no en vano le esperé.

ESCENA IX.

BLANCA, ENRIQUE.

ENR. ¡Padre, perdona este engaño!

BLANCA. Enrique mio... ¿Qué digo?

Me miras con rostro uraño...

ENR. Por Dios, no me hagas mas daño
del que yo traigo conmigo.

BLANCA. Dichoso tú, cuya calma
ignora la pena impia
de abrir los ojos al dia
con una pena en el alma,
como la del alma mia.

ENR. ¡Ah! yo te juro mil veces
que por tí siente mi anhelo
el mismo amor que me ofreces;
si, te lo juro mil veces
por el Dios que está en el cielo...

BLANCA. ¿Qué meditas?... (Interrumpiéndole.)

ENR. ¿Qué he de hacer?

De mí puedo responder;
pero aunque pese á los dos,
al padre, despues de Dios,
el hijo ha de obedecer.

BLANCA. ¡Qué desventurada soy!
Tal angustia me provoca,
que aqui te lo anuncio hoy:
mi fin será morir loca...
si es que ya loca no estoy.

¡Déjame, déjame, si! ..

ENR. ¿Dudaste ¡Dios inmortal!
de mi amante frenesí,
cuando me estoy viendo en tí
lo mismo que en un cristal?

Yo te juro, amada mia,
que si el astro te ocultara
de donde nos viene el dia,
en el sol te buscaria

- aunque su luz me abrasara.
Ven, desecha tu temor.
- BLANCA. No extrañes tal desvario,
que harto justo es mi dolor.
¡Ay, quién sabe si á otro amor
sacrificarás el mio!
- ENR. Blanca, deja tu querella;
tuyo soy, ¿dudas quizás?
Todo tuyo, Blanca bella...
- JUAN. Chico, si todo eres de ella,
¿de tu padre, qué serás?

ESCENA X.

LOS MISMOS, JUAN PEREZ.

- ENR. (Mi padre... ¡Piedad eterna!)
- JUAN. ¡Eh! señorito...
- BLANCA. (¡Ay de mí!)
- JUAN. Que no torne á verle aquí,
porque le rompo una pierna.
- BLANCA. Sepa que mandato tal
la dicha á mi amor arranca;
sepa usted...
- JUAN. Sí, doña Blanca,
habla usted como un misal.
Pero que el hijo obedezca
ahora el padre necesita.
Vé; luego la señorita
dirá lo que se la ofrezca.
- ENR. Á mi amor pagué tributo...
- JUAN. No olvides lo que te digo.
Enrique, cuenta conmigo,
¡porque tu padre es muy bruto!
Si otra vez te tienta el diablo
y aquí te vuelvo á encontrar,
no te vale el estudiar
mas que san Bruno y san Pablo.

ESCENA XI.

JUAN PEREZ, BLANCA.

- BLANCA. (¡Qué humildad!) (Por Enrique.)
JUAN. Pues si se empeña
en no escucharme y lo dejo...
¡que guarde respeto al viejo!
asi á los hijos se enseña.
- BLANCA. Solos estamos los dos. (Varia de tono.)
Oiga mi dolor profundo,
porque hay cosas en el mundo,
que son arcanos de Dios.
- JUAN. De la razon nunca huyo;
mas de arcanos no ha de hablar.
Señora, el arcano es dar
á cada cual lo que es suyo.
Usted, con mústio semblante,
vendrá llorando y gimiendo.
¡Yo de monsergas no entiendo,
cosas claras y adelantel
En mí no busque lisonja,
en pelillos no reparo;
conque niña, hablemos claro,
y no hay que hacerse la monja.
Juana con pena prolija
llora una traicion villana.
Entre usted y mi hija Juana,
¿será usted mas que mi hija?
- BLANCA. ¡Escúcheme usted!
- JUAN. Yo pago;
pero han de pagarme á mí.
¡Hay una mujer allí
que mira lo que yo hago!
- BLANCA. Mas cuando la pasion hiere...
JUAN. La otra tiene igual sentir.
BLANCA. Yo asi no puedo vivir.
JUAN. La otra dice que se muere.
BLANCA. ¡Por piedad!
JUAN. ¡Súplica vana!
No dejo mi ten con ten.
Á usted, sí, la quiero bien;

pero mas quiero á mi Juana.

(Blanca quiere arrodillarse.)

¡Levante usted, por favor!

BLANCA. ¿Qué resuelve en fin?

JUAN. Resuelvo... (Pausa.)

que á mi parador me vuelvo. (Yéndose.)

BLANCA. (Siguiéndole.)

¿Dónde está ese parador?

JUAN. Bien fácil es el camino,

en media hora se pasa.

¿En qué calle está esta casa?

BLANCA. ¿Hortaleza?...

JUAN. No, no atino. (Modita.)

Nada, acordarme no puedo...

Mas desde luego se empieza

por la calle de Hortaleza

á la puerta de Toledo.

Despues al campo se asoma,

y no hay temor de desliz.

Frente á frente la nariz

hay un camino, se toma.

Arranca derechamente

como la nariz apunta,

pregunta usted ó no pregunta,

avanza, traspone el puente,

y ganando tierra así,

sin dejar nunca el sendero,

verá usted un gran letrado:

«Parador de Luna.» Allí. (Yéndose.)

BLANCA. ¿Volverá?

JUAN. (Vuelve y muda de tono.)

¿Doña Merced

sabe el caso? (Con precaucion.)

BLANCA. ¿Por supuesto!

JUAN. ¿Qué dice de todo esto?

BLANCA. Está de parte de usted.

JUAN. ¿Y ella procurará?...

BLANCA. Es claro.

JUAN. Si usted la pone en apuro,

su padre de usted, ¡seguro!

entrará al fin por el aro.

BLANCA. Yo al cariño maternal

- diré lo que mi alma siente...
- JUAN. Pero, niña, francamente, (Pausa.)
¿usted quiere á mi zagal?
- BLANCA. ¿Duda? Su amor para mí
es el tesoro mas rico...
- JUAN. ¡Diablol! ¿Qué tendrá mi chico
que esta se enamora asi?)
¡Blanca, firme en esta embrolla!
No deje á doña Merced.
Si no hay llanto, se unta usted
el lagrimal con cebolla.
- BLANCA. No descansar le prometo. (Váse.)

ESCENA XII.

JUAN, luego D. BALTASAR, y un CORREDOR.

- JUAN. Don Baltasar me desdena,
mas si la mujer se empeña...
¡No hay cuidado, está sujeto!
¡En buena red lo cogí!
La chica llora á la madre;
deña Merced llora al padre;
él vendrá á llorarme á mí.
Cierto estoy que ha de ceder,
aun cuando mucho le amarga.
No hay mejor perro de carga
que nuestra propia mujer.
- BALT. (Le atrapé los dos mil pesos.)
Espacio, no hagas ruido.
(Se oye ruido de dinero.)
- JUAN. (Tiene la plata un sonido,
que se mete por los huesos.
El por qué no sé expresar,
yo este enredo no me explico;
pero se conoce al rico
hasta en el modo de andar.)
(Esto lo dice mirando á D. Baltasar, que espera al Corredor, el cual ha entrado las talegas en el cuarto de doña Merced.)
- BALT. (¿Qué miro? Me alegro, es Juan.)
Bueno, bien están allí.

COR. ¿Puedo retirarme?
BALT. Si.
Memorias á don Fabian.

ESCENA XIII.

JUAN PEREZ, D. BALTASAR, LUIS, al fin de la escena.

BALT. ¡Hola! ¿usted?
JUAN. (Verme le asusta.)
BALT. (Tendré con él cierto porte...)
¿Qué me dice de la córte?
JUAN. Le digo que no me gusta.
BALT. ¿Ha tenido algun mal paso?
Cuenta qué le sucedió.
JUAN. Reventando estaba yo
porque me hablaran del caso.
Se usan en Madrí unas gergas
que me tienen tan mohino,
que á poco pillo el camino
por no ver estas monsergas.
Y en balde mirará usted,
que en los juegos cortesanos,
como en los juegos de manos,
quien mas mira menos vé.
Y todos, segun su traza,
llevan dentro algun veneno,
y si piensan algo bueno
que me quemén en la plaza.
Y ¡vaya un gris, señor mio!
Luego ponen ¡qué costumbre!
unos peroles de lumbre
que hacen tiritar de frío.
¿Y el almuerzo? ¿hay gente tal?
Han dado en la maña pícara
de presentarme una jícara
del tamaño de un dedal.
¡Si dos dedos no levanta!
Yo por dentro me deshago.
Sorbo, sorbo... y lo que trago
no me llega á la garganta.
BALT. Asi en las córtes se vive...

JUAN. Pero oiga esta picardia.
Yo aquí en Madrid conocia
á un tal don Jacinto Oribe,
sujeto que estuvo allá
por las funciones del valle.
Hoy me le encuentro en la calle
y un fuerte abrazo me dá.
«¡Á casa sin detencion!
¡No olvide usted que le espero!»
—¡Vaya si es buen caballero
el caballero en cuestion!—
Decia yo para mí,
y á verle me marchó luego.
Subo la escalera, llego
y un campanillazo dí.
Abren trampa de madera,
y con esa precaucion
con que se asoma el raton
estando en le ratonera,
gritan: «¿Á quién busca?»—Yo?
busco á don Jacinto Oribe.
—Está; pero no recibe,
y la trampilla corrió.
Voy luego á la calle Angosta
casi á bocas del sol puesto,
cuando cate usted que en esto
pasa don Jacinto en posta.
Por entre varios guarduñas,
á correr tras él me doy,
diciéndome: lo que es hoy
no te escapas de mis uñas.
Los dos á galope echamos;
él delante, yo detrás.
Él aprieta, aprieto mas,
y casi á la par llegamos.
Sube que se despepita,
yo brinco á mas no poder;
y al entrar le llegué á ver...
el faldon de la levita.
Vuelvo á tirar del cordon:
—¿Quién es?—El que vino ya.—
—«Recibe; pero no está.»

y me deja de planton.

—¿No está cuando entrar le ví?

¡Voto á bríos que esta no pasa!

¿Cómo no ha de estar en casa
si entró delante de mí?

¡Y luego allá en Aragon

las cosas que me decia,

y las magras que engullia

el grandisimo bribon!

El portero acude y chilla;

quiere cogirme de un brazo;

yo le suelto un puñetazo

que le hundí una paletilla...

BALT. Se negó, cosa corriente;

eso aqui á nadie incomoda.

JUAN. ¡Ya! ¡como que aqui está en moda
petardear á la gente! (Yéndose.)

BALT. Á otra cosa; hable formal.

¿Qué le han parecido á usted

las niñas que en Madrid ve

con un rostro de cristal?

JUAN. ¡Que luego no forme queja!

¡mire usted que soy muy claro!

BALT. Puede hablarme sin reparo.

JUAN. Pues aplique usted la oreja.

Mucha bulla, mucho estruendo;

mas si llega el compromiso,

ni saben hacer un guiso

ni poner un mal remiendo.

Gresca y bambolla, eso sí,

y gastar sin compasion...

ahí tiene usted lo que son

estas niñas de Madrí. (Yéndose.)

BALT. No se vaya; hablarle quiero...

(¿Cómo tocaré aquel punto,

á ver si arreglo el asunto

con un poco de dinero?)

JUAN. (Este estudia algun papel.)

BALT. ¿Se marcha pronto?

JUAN. Muy pronto.

(Se figura que soy tonto,

y soy mas tuno que él.) (Yéndose.)

- BALT. Juan Perez, venga usted acá.
Usted ayer me decia
que Juana un novio tenia
cuando Anacleto fué allá.
¿Por qué no se aman de nuevo?
El romper fué una locura...
- JUAN. ¿Y quiere usted por ventura
que mi hija ruegue al mancebo?
- BALT. Pero cumpliendo los dos
las matrimoniales leyes,
yo le daré un par de bueyes...
¡y que los bendiga Dios!
- JUAN. ¡Vamos, la córte es muy rara!
¿Es cierto lo que escuché?
¿Con dos bueyes quiere usted
lavar al chico la cara? (Yéndose.)
- BALT. Mitigue usted esa zozobra...
- JUAN. ¿Pero usted—segun se explica—
ha pensado que mi chica
está en mi casa de sobra?
- BALT. Pues oiga una prevencion
y no se queje de mí:
usted sacará de aqui...
lo que el negro del sermon.
- JUAN. Nada pido, nada quiero,
ni me ofende su desden:
si á usted le parece, bien;
si no, me marchó á Fitero.
- BALT. Amigo, no puede ser.
- JUAN. Yo... con volverme á mi sierra...
(¡Á qué he de hacerle la guerra
si queda aqui su mujer?)
- LUIS. ¡Oiga usted!
(Por el fondo izquierda, como si viniera de la calle.
Lo dice á Juan con sigilo.)
- JUAN. Vamos allá.
- BALT. (Esto está casi arreglado.)
- JUAN. (Si, si; no tengas cuidado.
Juan Perez te compondrá.) (Váso.)

ESCENA XIV.

D. BALTASAR, luego BLASA.

- BALT. Las tres, hora de la cita;
espero sentado aqui.
- BLASA. ¡Señor!
- BALT. Habla.
- BLASA. La señora
dió un recadito á Luis... (Yéndose.)
- BALT. ¿Cómo? Llega...
- BLASA. No, no es eso...
(¡Qué lengua de puerco-espín!)
Don Anacleto ha salido...
- BALT. ¿Contra la órden que le dí?
- BLASA. Salió con el duque de...
y otros dos mas...
- BALT. ¿De Madrid?
- BLASA. Un buey de Constantinopla
y el ruso Pampempumpim...
- BALT. ¿Qué dices?
- BLASA. ¡Ah! no, señor;
luego no quiso salir,
y espera en su cuarto...
- BALT. ¿Espera?
- BLASA. ¿Pues á qué has venido, dí?
- BLASA. Es verdad; ahora no sé
lo que le queria decir.
- BALT. Esos papeles que andan
por el suelo...
- BLASA. (¡San Quintín!)
¿Papeles? Sin duda el aire...
como que el tiempo está asi...
(Nada, escoltada me miro
por una guardia civil.)
- BALT. Á ver si me dejas solo.
- BLASA. (No hay medio, hablar ó morir.
Y luego... ¡este corazon!)
- BALT. ¡Muchacha, fuera de aqui!
- MERCED. (Él solo; este es el momento.)
- BALT. (Ya no tardará en venir.)

(Blasa váse por el fondo; Doña Merced asoma por la derecha; D. Baltasar medita, conservando una actitud Doña Merced avanza sin ser vista hasta que lo indica el diálogo.)

ESCENA XV.

D. BALTASAR, DOÑA MERCED, aparte,

BALT. El Marqués será mi socio.
Ahora quiero calcular...
Vamos á ver, Baltasar,
cómo estamos de negocio.
Que en esta generacion
de ciencia tan colosal,
el que no tiene metal
muere enfermo del pulmon.
En Lóndres como en Madrid,
—si se cruza algun talego—
el hombre de mas sosiego
es mas valiente que el Cid.
Y el español de mas brio,
el hombre de mas valor,
es el cobarde mayor
con el bolsillo vacio.

¡Que me arguyan será en vano;

(Varia de tono.)

de mi plan no he de ceder!...

¡Jesus! aqui mi mujer;

Dios me tenga de su mano.

(Al volverse para ir al fondo, se dá de cara con Doña Merced que ha entrado con sigilo, observando la escena y oyendo lo que dice D. Baltasar.)

Merced, ¿tú aqui?

MERCED. ¿Solo estás?...

(Despues de observar la escena.)

BALT. Vienes á darme un consejo;
mas como mi plan no dejo
el consejo está de mas.

En balde me pones traba...

MERCED. Siempre acaté tu albedrio;
sin embargo, amigo mio,

- tu esposa soy, no tu esclava.
- BALT. Mujer, no seas majadera.
Esa falta, ó muy mal voy,
ó es una moda de hoy
como otra moda cualquiera.
Y ¿quién responsable es
de que mi hijo entre en la moda?
- MERCED. ¿Por eso arreglas la boda
con la niña del Marqués?
- BALT. ¿Yo?
- MERCED. ¿No le esperas aquí?
- BALT. ¿Á quién?
- MERCED. ¿Pues no lo has citado?
- BALT. ¿Citarle? ¿Quién te ha enterado?...
- MERCED. Yo que tu recado oí.
- BALT. Pues sabes de qué se trata...
- MERCED. ¡Hija tienes, Baltasar!
- BALT. ¡Para eso la sé guardar!
- MERCED. Pero quien á hierro mata...
- BALT. Cálmate; si Blanca fuera
víctima de una traición,
yo arrancara el corazón
del villano que lo hiciera.
- MERCED. ¿Tú?
- BALT. Si; al hombre fementido
el corazón se le arranca!
- MERCED. Con mujer, como lo es Blanca,
villano Anacleto ha sido.
¿Qué dirás al padre airado
si le arranca el corazón,
con la misma indignación
que tu orgullo ha demostrado?
¿No aguantas el golpe rudo,
y otro hombre lo ha de aguantar?
¡No, señor don Baltasar,
esa es la ley del embudo!
- BALT. ¡Bueno! (Esquivándose con mal humor.)
- MERCED. ¡Hija tienes!
(Juan aparece en el foro derecha, y escucha.)
- BALT. ¿Y qué?
¿qué quieres que de ahí colija?
¡Bah! porque tengo una hija,

¿mi hijo á un paleta daré?

(Movimiento en Doña Merced.)

No, no, Merced; ¡buena gana...

¿qué culpa he tenido yo?

¿Por qué el padre consintió
que Anacleto hablase á Juana?

¿quieres que á su plan me cuadre
porque fué un abandonado?

¡Hija, que tenga cuidado!

Pues qué, ¿no hay mas que ser padre?

MERCED. Te incomoda que replique,
mas yo debo de ser franca.

¿Y si Enrique amase á Blanca?

¿Y si Blanca amase á Enrique?

BALT. Si ella me escondió su fé,
cuando yo nada la escondo,
¡adelante! no respondo (Juan desaparece.)
de las cosas que no sé.

¡Basta! te exijo obediencia
aunque intente un desvario.

MERCED. En buen hora, esposo mio;
pero quede á tu conciencia. (Váse.)

ESCENA XVI.

BALTASAR, luego el MARQUÉS, al fin ANACLETO.

BALT. No, no quiero su opinion,
ya que esto toca á mi nombre.
La mujer recorta al hombre
como si fuera un patron.
¡Una hija tengo:.. y me apura!
Si mi parecer valiera,
nunca á cortar aprendiera
ni un hilo de su costura.
Primero corta el vestido,
despues al que la pretende;
por fin, siendo esposa, aprende
á recortar al marido.
El Marqués: hé aqui el momento.

MARQ. ¿Me aguarda impaciente?

BALT. No.

- MARQ. ¿He tardado?
BALT. No tardó.
(Sacando un documento.)
MARQ. ¿Cosa extraña!
BALT. Tome asiento.
MARQ. ¿Es el contrato de boda?
BALT. Escrito en papel sellado...
MARQ. Por supuesto, celebrado
con la formalidad toda.
Mas no ha debido omitir
del notario la asistencia...
BALT. Oiga usted, por una urgencia (Con misterio.)
mi hijo tendrá que partir.
MARQ. ¿Parte?
BALT. Si la ausencia dura,
por lo que resultar puede,
bueno es que su firma quede
como prenda en la escritura.
Y á su vuelta, cosa breve,
ya nosotros nos veremos,
y la boda arreglaremos
como es costumbre y se debe.
¿Penetra usted mi intencion?
MARQ. Si, señor, la he penetrado.
BALT. Este es un hecho privado.
MARQ. Ya entiendo, una precaucion.
Llámelo usted...
BALT. ¡Anacleto!
(Llama: él asoma.)
ANAC. ¡Marqués! (Saliendo y dándole la mano.)
BALT. (¡Excelente hora!)
Firma aquí.
MARQ. ¡Ah! ¿y su señora?
BALT. ¿Para qué? Un acto secreto...
MARQ. Permita usted que no pase...
Bien visto, su autoridad
es la gran solemnidad
de un contrato de esta clase.
BALT. Ya; mas no ha vuelto de misa...
MARQ. ¿Tardará?
BALT. Si, creo que si.
ANAC. Papá, en su cuarto la ví.

- BALT. ¡Imbécil! (Á él, pellizcándole.)
MARQ. No corre prisa.
ANAC. (¡Sopla! ¡qué pellizco!)
BALT. (¡Es bobo!)
MARQ. Sin la sancion maternal,
mas que acto matrimonial
pareciera, amigo, un robo.
Mañana podré venir...
BALT. Deje usted; cierto no estoy...
No sé si fué ayer ú hoy
cuando la he visto salir.
Tome usted asiento, Marqués.
Anda tú... (Di que está ahora
visitando á la señora
del embajador francés.) (Al oido.)

ESCENA XVII.

BALTASAR, MARQUÉS. Luego DOÑA MERCED y ANACLETO.

- BALT. Quizá ha salido, y me pesa...
MARQ. No importa; yo volveré.
BALT. Es muy probable que esté
en la embajada francesa.
MARQ. ¿Que fué á misa no decia?
BALT. Pero como las mujeres
tienen veinte pareceres
á cada instante del dia...
MERCED. ¡Calla! (Á Anacleto.)
ANAC. (¡Qué marimorena!)
BALT. (¡Ella aqui!)
MARQ. ¡Doña Merced! (Saludando.)
MERCED. ¿Qué tal? ¿Bueno?
MARQ. Bien, ¿y usted?
MERCED. ¿Y la niña?
MARQ. Gracias, buena.
BALT. (¡La mujer es maniática!)
MARQ. No esperaba verla aqui,
y á la verdad no creí
que era usted tan diplomática.
MERCED. ¿Yo, Marqués?
BALT. (¡Lance traidor!)

MARQ. Trata usted á la embajadora...

MERCED. No conozco á la señora
de ningun embajador,
ni nunca invertí mis ócios...

MARQ. ¿No dijo usted poco há?...

BALT. Embajador, no; será
engargado de negocios.

MERCED. ¿Me llamabas?

BALT. Anacleto
vá á firmar lo estipulado,
y el Marqués ha deseado
que asistieras...

MERCED. ¿Con qué objeto? (Al Marqués)
Cuando él se obliga, me obligo;
mas si place á Baltasar,
no lo debiera firmar
sin haber algun testigo.

BALT. ¡Requisito inoportuno!

MERCED. La formalidad acrece...

MARQ. ¡Ah, si, si! bien me parece.

MERCED. Aunque no sea mas que uno.

MARQ. Que vaya Luis al instante.
Iré yo mismo, no tardo...

MERCED. Marqués, á un amigo aguardo...

MARQ. ¿Pero uno solo?

MERCED. Es bastante.

BALT. (¿Meditará alguna intriga?
en mediando una mujer,
lo primero que hay que hacer
es colarnos de una viga.)

JUAN. (Hola.) (Aparece por el fondo. Doña Merced lo vé.)

MERCED. Ya puede firmar.

MARQ. ¿Y el testigo? No lo veo.

MERCED. Sin embargo, Marqués, creo
que no deberá tardar.

(Juan se oculta por el foro derecha. Entra cuando el diálogo lo indica. Todos se acercan á la mesa de escribir. El Marqués está hácia la izquierda, signe doña Merced, luego don Baltasar, luego Anacleto sentado á la mesa.)

ANAC. ¿En dónde?

BALT. Aquí. (Indicándole donde ha de firmar.)

- ANAC. (¡Qué trabajo!)
- MERCED. Veré esta tarde á su niña. (Al Marqués.)
- ANAC. (Pero quién sufre su niña
si me opongó?)
- BALT. (Á Anacleto.) Mas abajo.
- MERCED. (Amonestándole.)
¡Baltasar!
- BALT. ¡Pretension loca!
¿Qué exige un patan de mí?
¡Ese hombre es tonto! (Alto.)
- JUAN. (Si, si.)
Hoy por fin la vez me toca.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, JUAN PEREZ.

- ANAC. La pluma no tiñe... (¡Ah!)
- MARQ. ¿No tiñe? ¿Qué ansia le abrumba?
- JUAN. Señor, déle usted esta pluma,
tal vez mejor teñirá. (Le dá un retrato.)
- ANAC. (Aqui Juan Perez... ¡Qué horror!)
- MARQ. ¡Un retrato de Anacleto!
Explique usted este secreto... (Á Baltasar.)
- MERCED. Se lo explicará el señor. (Por Juan.)
- JUAN. Yo, por defender mi fuero,
vine de Fitero aqui.
El que algo quiera de mí,
que vaya de aqui á Fitero.
Veremos con qué razon (Á D. Baltasar.)
su vanidad me desdeña.
La hormiga, que es tan pequeña,
es la que mata al leon. (Yéndose)
- MERCED. ¡Ah, no! detenga su planta. (Juan se vá.)
¡Juan Perez! (Suplicando.)
- JUAN. (Á ella, bajo.) Doña Merced,
lo hago solo por usted,
porque es usted una santa.
Y á no mediar ¡por Sanson!
una madre en la pelea,
le sacaba una correa
desde la nuca al talon.

(Se vuelve al Marqués, y le dice:)
Don Anacleto fué allá,
y mi Enrique vino aquí,
Anacleto juró allí,
y mi Enrique juró acá.
Que ame su padre le veda (Por Anacleto.)
y á Enrique lo vedé yo:
Juana sin novio quedó... (Pausa.)
y Blanca sin novio queda.

BALT. (¡No sueño, cielo bendito!)

MARQ. (Á Baltasar.)

¿Y usted así me compromete?

JUAN. Ahora tome usted un billete
que firma ese señorito. (Por Anacleto.)

MARQ. (Lee.) «Juana, calma tu dolor
»y tu amante frenesí.

»He jurado unirme á tí,
»y no dudes de mi honor.»

MERCED. Despeja el ceño iracundo!

Baltasar, ten sangre fría.

Lee este billete que envía
el hijo de don Facundo.

BALT. «Hablaré á usted con lisura: (Lee.)

»por causas que no concibo,

»hoy una carta recibo

»de mi adorada futura.

»Y con frases por demas

»atentas, y estilo llano,

»me declara que su mano

»no será mia jamás:

»y ya que algun amor tiene

»y de tal modo la aguija,

»disponga usted de su hija,

»porque á mí no me conviene.»

(¡Oh!)

MARQ. ¡Don Baltasar! (Saludando.)

BALT. ¡Marqués! (Confuso.)

MARQ. Esto vá tambien conmigo;
¡yo tengo una hija, amigo!
Señora, estoy á sus pies. (Váse.)

ESCENA XIX.

DICHOS, menos el MARQUÉS. Luego BLANCA.

BALT. ¡Miren el mosquita muerta! (Á Anacleto.)
¿Qué tal el bobalicon?

ANAC. Fué sin malicia...

BALT. ¡Chiton!
Coja usted luego la puerta.
(¿Es cierto, voto á Caifás?
¡El encono me devora!)

BLANCA. ¡Padre!

BALT. ¡Aparta, hija traidora!

¡No quiero verte jamás!

MERCED. ¡Blanca, confía en tu madre! (Á ella.)

BALT. Déjanos aquí á los dos...

¡Silencio! despues de Dios,
esto irá de padre á padre.

(Blanca se vá por la puerta de la derecha, primer término. Doña Merced por la del segundo término. Anacleto por la izquierda, segundo término tambien. D. Baltasar acompaña á Doña Merced hasta la puerta, como para obligarla á salir. Juan dice entre tanto.)

JUAN. Blanca se vá por acá,
y la madre por allí,
y el hermano por allá... (Pausa.)
Pues yo me voy por aquí.

(Echa hácia el fondo, D. Baltasar lo observa, se vuelve hácia él inmediatamente y lo llama con imperio.)

BALT. ¡Juan! (Llamando.)

ESCENA XX.

JUAN, D. BALTASAR.

JUAN. ¡Já, já! entre dudas lucho.
La pobre Blanca... ya veo...

BALT. ¡Juan Perez! (Incomodado.)

JUAN. Vóime á paseo.

¡Vaya, divertirse mucho! (Ironía.)

BALT. ¡Hablemos sin detencion! (Impaciente.)

UAN. ¿Hablar? ¿Á qué hemos de hablar,
cuando de aqui he de sacar
lo que el negro del sermon?

(Con mucha calma.)

Vuélvome por Zaragoza;
en nada obligarle quiero...
esa mano; allá en Fitero
tiene usted siempre una choza.

(D. Baltasar le dá la mano maquinalmente, y se queda sorprendido viéndole ir. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cuarto en el parador de Luna. Entrada por el fondo. Dos ventanas á la izquierda del actor, que se suponen dar al campo. Dos puertas en el ángulo opuesto. Mesa de pino, sobre la cual luce una vela. Sobre sillas de enea varios objetos de viaje, como manta de montar, alforjas, capa. Á la izquierda del foro, el aparejo de una caballería: por la puerta del foro se verá la baranda de madera del corredor.

ESCENA PRIMERA.

El cuarto aparece casi á oscuras. Juan está sentado en una silla; Enrique en otra, como si hubiesen pasado la noche de aquel modo. Silencio bastante prolongado. Quietud completa; un cabo de esperma muy pequeño ardiendo en su candelero.

- ENR. (¿Si habrá amanecido ya?
Voy, abriré las maderas.
Mas quizá mi padre duerme,
pues pasó la noche en vela.
Espero callado.)
- JUAN. (¡Ay!
¡Qué noche! La hicimos buena.
Las ventanas abriré,
me dan grima las tinieblas ..
Mas quizá duerme mi Enrique;
esperaré que se mueva...)
- ENR. (Creo que despertó mi padre.)

JUAN. (Creo que mi chico está alerta.)
¿Hijo, duermes?

ENR. No, señor.

JUAN. Esta es la noche primera
que no he pegado los ojos;
mas ya arreglaremos cuentas.

ENR. Abriré.

(Lo hace, y se aclara la escena; Juan abre la puerta
del foro y apaga la luz.)

JUAN. ¡Gracias á Dios!

Que corran los vientos deja.
Yo te digo la verdad:
si en esta tierra viviera
se me apolillaba el hígado.
Ya no me causa sorpresa
ver por ahí tantos hombres
que parecen calaveras.
Pero, Enrique, tengo el cuerpo
lo mismo que una jalea.
En tanto don Baltasar
dormido habrá á pierna suelta...
Muchacho, yo no comprendo
cómo esos ricos se plegan,
que todo les viene ancho,
que por nada se impacientan...
Seguro que de metal
el pecho se ribetean...
¡Claro! el redaño cubierto
ya los pesares no entran.
¡Oh! juro á Dios no volver
sin hacer en estas tierras
alguna barbaridad
que deje memoria eterna.

ENR. ¿Por qué no se acuesta usted?

JUAN. Las rodillas me flaquean,
á veces sube un vapor
y se me cae la cabeza...
La memoria de tu hermana
me está pudriendo las venas.
Pero en fin, don Baltasar
tiene crédito y riquezas.
¿Quién soy yo? El pobre Juan Perez;

cuatro tahullas de tierra...
Vóime á la cama.

ESCENA II.

ENRIQUE.

¡Gran Dios!
¿qué desgracia nos espera?
Mi padre es puro y honrado;
pero su noble rudeza
á veces le precipita,
y no hay medio de que ceda.
Don Baltasar es altivo,
es ambicioso, desea
los honores que no tiene;
y aunque lo pague su hacienda,
querrá que su hijo Anacleto
se enlace con la nobleza.
Le conozco; es bien seguro
que de su intento no ceja,
aunque su familia fuese
sacrificada á su idea.
¿Y Blanca? Cuando me acuerdo
toda mi sangre se hiela.
Me parece que hace un siglo
que nos separa la ausencia.
¡No, no, imposible; Dios mio,
no puedo vivir sin ella!
Pero ¿qué intento? ¿qué hago?

ESCENA III.

ENRIQUE, ANTONIO, luego JUAN.

ENR. ¡Calla! ¿traes alguna esquila?
ANT. No, señor; traigo un recado.
ENR. No pases; vayamos fuera...
Mi padre puede salir,
y no quiero que te vea.
ANT. Son dos palabras no mas,
don Enrique...

- ENR. ¡Pronto! ¡empieza!
- ANT. La señorita me ha dicho
que entre doce y doce media,
ó antes de la dicha hora...
- ENR. ¡Mas breve! (¡Si nos oyera!...)
- ANT. Con Luis y Blasa estará
paseando por las afueras.
Que la aguarde usted en el puente...
- ENR. (¡Ah, si, si! me ama de veras.)
Dí á tu señorita...
- JUAN. (¡Tate!)
- ENR. (¡Cielos!)
- JUAN. ¡Hijo, enhorabuena!
Tú deshaces con los pies
lo que hago con la cabeza.
- ENR. ¡Padre, perdóneme usted!
- JUAN. Anda; dá el recado y entra.

ESCENA IV.

JUAN.

- ¡Pobre! yo amé como él ama;
yo anhelé como él anhela;
matar no debo á mi hijo...
¡Eso es lo que me atormenta!
Yo no me puedo vengar
sin que en el alma lo hiera.
Pero mi senda tracé,
y él ha de seguir mi senda.
- ENR. ¡Señor!

ESCENA V.

JUAN, ENRIQUE.

- JUAN. Oye lo que digo.
Lucho con don Baltasar;
con tu hermana he de luchar;
¡lucharé tambien contigo?
Por Juana vine á Castilla;
procura tener mas calma,

porque sentiré en el alma
el romperte una costilla.

ENR. ¡Padre! (Con humildad.)

JUAN. Hacedis á rienda larga

lo que os acude al magin,
y el pádre tiene por fin
que apechugar con la carga.

Á ver si hoy... (Muda de tono.)

ENR. ¡Quiéralo el cielo!

JUAN. Hagan que yo no me amosque,
porque si no, tomo el cosque,
y ya no me veis el pelo.

ENR. ¡No lo haga usted!

JUAN. ¡Já, já! ¿No?

Juro por Dios verdadero
que tiene que ir á Fitero
como á Madrid vine yo.
Deja que la bola corra...

ENR. ¿Qué medita?

JUAN. ¡Ya verán!

No saben que tiene Juan
mas intencion que una zorra.
Escucha.

ENR. (¿Qué podrá ser?)

JUAN. Me han dicho que eres un sabio.

Yo—perdóname el agravio—
no lo he querido creer.

Á mi modo lo colijo,
aunque tu orgullo taladre;
¿no lo soy yo, siendo el padre,
y ha de ser sabio mi hijo?

Pero si vieras tu abuelo
con qué gozo dice: «¡ah!

¡cuántas cosas me dirá
cuando venga acá el chicuelo!»

Dime, ¿qué cosas son esas? (Pausa.)

¡Explicate!

ENR. ¿Sobre qué?

JUAN. ¡Toma! tú sabrás...

ENR. No sé...

JUAN. ¡Hombre, mira que progresas!

(Nueva pausa.)

Pero, chico, en conclusion...
ENR. No me ocurre...
JUAN. ¡Por Caifás!
Para eso en Madrid estás,
comiéndome aquí un riñon?
Ven, siéntate.
ENR. ¡Padre, basta!
JUAN. ¿Te haces el sábio? Pues no;
¡bah! ¡si conoceré yo
lo que dá de sí la casta!
Siéntate, hablemos un rato
hasta la hora de almorzar...
ENR. No me ocurre de qué hablar.
JUAN. Oye, de otra cosa trato.
Será si en ello te aferras
y á tu capricho se ajusta:
lo que es á mí, no me gusta
que en estas benditas tierras
te agarren en matrimonio;
porque aquí—si un poco ahondas—
verás tales trapisondas
que vuelven loco al demonio.
Por bien que el hilo se enhebre,
siempre queda un no sé qué...
y siempre hay aquello de
será gato ó será liebre?
¡Si aquí no hay órden en nada!
Cada cual toma un camino
y principia un torbellino
peor que una granizada.
Corren y corren... ¡Qué afan!
y todo el mundo se mueve...
¡Para qué? El diablo me lleve
si saben adónde ván.
Hijo, en nuestro pueblo, allí
donde nacimos los dos,
todo cuanto cria Dios
es otra cosa que aquí.
Allí—sin duda ninguna—
es distinto el arrebol;
de otro modo luce el sol,
las estrellas y la luna.

Yo amé á tu madre sin tino;
pero no como esta gente...
«¡Tomasica!»—«¡Juan!» Corriente.
El pan, pan, y el vino, vino.
Jamás tuvimos enfado;
vengo del campo al sol puesto;
cojo medio pan del cesto,
y bocado tras bocado,
en amor y compañía
tajabamos un jamon;
ella era la bendicion
de mi casa, y mi alegria!
¡Qué criatura tan galana!
¿Se casó usted?

ENR.

JUAN.

¡Belcebú!

¿Pues de dónde vienes tú
y de dónde viene Juana?

ENR.

JUAN.

¿Se casó jóven?

¡Friolera!

Quince cumplí aquel estío.
Conque mira tú, hijo mio,
si te llevo delantera.
Y cuando mas la queria,
cuando... ¡maldigo mi estrella!
cuando me miraba en ella
como en la Virgen Maria...

ENR.

JUAN.

ENR.

JUAN.

¿Qué fué?

¿Un hijo no lo acierta?

Si, señor. Ah, si! lo infiero...

Chico, quitate el sombrero,
que hablo de tu madre muerta.

(Mudando de tono.)

Si te agrada ser palurdo,
allá en el pueblo te aguarda
un amor de capa parda
mas recio que el paño burdo.

Vas al campo, ¡qué alegria!
y tumbado entre cantueso,
con un pan y medio queso
pasas grandemente el dia.

Conque deja esta pelea,
échate la crisma atrás,

y en tu casa mandarás
y mandarás en tu aldea.

ENR. Padre, yo tengo otra ley;
ya cierta ambicion me agita...

JUAN Vamos, te has puesto levita,
y te figuras ser rey.
¡No, no, chico! No te exhorto;
en nada te pongo embargo;
mas si por el traje largo
has de odiar el traje corto,
yo que ese traje te dí,
digo: quien lo dá, lo quita.
Pego fuego á la levita
y te quemio encima á tí. (Se levantan.)
Hablemos en regla, ven...

ENR. ¿Y Blanca?... ¿y Blanca, señor?

JUAN. Aqui te llama tu honor;
cumple como hombre de bien.
¡Nunca tu corazon dude!
Pasarás mucha zozobra;
pero al cabo, quien bien obra
espera que Dios le ayude.

ENR. ¿Qué oigo, padre? ¡Oh regocijo!
¿Mi pasion es de su agrado?

JUAN. Por verte feliz y honrado,
¿qué no hará tu padre, hijo?
¿No lo esperabas de mí?
¿Qué has creido, voto vá?
Á uno le falta... de acá;
(Señalando la cabeza.)
pero le sobra... de aqui.
(Señalando el corazon.)

ENR. Hasta hoy no lo he comprendido
¿Deme, usted un abrazo!

JUAN. Y dos,
y que te bendiga Dios
tal como yo se lo pido!

JACINTA. Buenos dias.

ESCENA VI.

LOS ANTERIORES, JACINTA y ANSELMO, dentro.

- JUAN. Buenos días.
Que ensillen á mi borrega
en tanto que la muchacha
vá preparando la mesa.
(Esto lo dice al foro, dirigiéndose al patio.)
- ENR. Yo saldré un poco mas tarde...
(Con embarazo.)
- JUAN. Nada quiero saber.
- JACINTA. ¡Ea!
Mantel puesto.
- JUAN. ¡Ya! ¿y los platos?
- JACINTA. Doy un soplo... ¡y cosa hecha!
- JUAN. ¡Ave-Maria!
- JACINTA. ¿Cree usted
que este garbo es de esta tierra?
- JUAN. Ya veo. (Es un jabalí
escapado de la sierra. (Váse al fondo.)
- JACINTA. ¿Qué almuerza usted? (Á Enrique.)
- ENR. Nada.
- JACINTA. ¿Nada?
Pues es cosa bien ligera.
¡No tendrá muchos empachos!...
- JUAN. ¡El! ¡muchacha! vamos fuera,
ó si echo mano á la vara,
vas á dejar la pelleja.
- JACINTA. ¡Já, já! ¡qué risa!
- JUAN. ¡Qué risa!
Acabemos...
- JACINTA. ¡No se pierda!
Pues mire usted, estos que son
tan suaves como una seda,
mas que una culebra saben...
- JUAN. ¡No eres tú mala culebra!
¡Eh! ¡toma el portante! ¿Anselmo?
sube al instante que puedas.
(Tiran una china desde fuera, que dá en la ventana,
y á poco otra. Anselmo aparece en el fondo á poco
de haberle llamado Juan.)

ESCENA VII.

ENRIQUE y JUAN, en el fondo. JACINTA, dentro. ANSELMO
mas allá de la puerta.

- ENR. ¿Qué fué? Parece que oigo
ruido en la vidriera.
¡Otra vez! Arrojan chinas.
¡Hola! Antonio me hace señas...
Mas allá un coche; sin duda
allí con Blasa me espera.
Voy.
- JUAN. ¿Te vas?
- ENR. No tardaré. (Váse.)
- JUAN. Si, Anselmo, vé y aparéjala.
(¡Las horas se me hacen siglos!)
- ANSELMO. ¿Se vá usted?
(Anselmo se lleva la silla y los estribos, que estan
sobre el sofá de paja.)
- JUAN. Daré una vuelta
á Carabanchel de arriba;
esta calma me aporrea.
¿En dónde está esa muchacha?
- JACINTA. Aquí estoy. (Dentro.)
- JUAN. ¿Cuándo se almuerza?
- JACINTA. ¿Quiere usted jamon?
- JUAN. Jamon.
- JACINTA. ¿Vino?
- JUAN. Vino Cariñena;
mas sin cristianar, se entiende.
- JACINTA. ¿Cuánto?
- JUAN. Trae de la bodega
lo que mas rabia te dé,
aun cuando un pellejo sea.
Alguien sube; será Enrique...
(Se sienta á la mesa.)
- BALT. (Amansemos esta fiera.)
(D. Baltasar se detiene en el fondo y mira. Juan per-
manece sentado, cara al espectador. No se ven hasta
que el diálogo lo indica.)

ESCENA VIII.

JUAN, D. BALTASAR, luego JACINTO.

- JUAN. (Soy Perez mondo y lirondo;
mas si echo por el atajo,
Ya verán lo que hay debajo
de este aparejo redondo.)
- BALT. ¡Cuánto me cuesta venir!
- JUAN. Moza, ¿acabas la faena? (Gritando á Jacinta.)
- BALT. (Mi hija se muere de pena,
y es menester transigir;
pero... ¿cómo empezaré?...)
(Se adelanta despacio.)
- JUAN. (Paciencia, y rueda la bola.)
¡Ghica! (Golpeando en la mesa.)
- BALT. ¡Dios le guarde!
- JUAN. ¡Hola!
- Don Baltasar, ¿aquí usted? (Se quiere levantar)
- BALT. ¡No, quieto!
- JACINTA. El vino, el jamon. (Váse.)
- JUAN. ¿Quiere almorzar?... francamente.
¿Qué ocurre?
- BALT. Hablar sériamente.
- JUAN. ¡Ni pintada es la ocasion!
¿Pero viene en paz ó en guerra?
Porque yo el oro no acuño;
pero tengo cada puño
que doy con un macho en tierra.
- BALT. No le pase por las mientes...
mi intencion es muy tranquila;
hablaremos cual se estila
entre personas decentes.
Pasado aquel movimiento,
á mí propio me llamé,
y me dije: ¿para qué
morir con remordimiento?
¿Por qué cosa tan pueril
á darnos tormento viene?
- JUAN. ¡Pues mi consuegro es un nene
que arde solo en un candil!

- BALT. Igual es nuestra querella;
del mismo modo se explica...
- JUAN. Aguarde un momento: ¡chica!
¿dónde has puesto la botella?

ESCENA IX.

LOS MISMOS, JACINTA.

- JACINTA. ¿Dónde? La acabo de entrar;
¿no está aquí?... ¿Por eso grita?
- JUAN. Dices bien; vete, chiquita.
Hable usted, don Baltasar.
- BALT. Me parece que no debo
referir á usted la historia...
- JUAN. Soy tan flaco de memoria...
que me cogerá de nuevo.
Perdone usted, ¡qué bobada!
perdóneme usted, señor.
Si ando con el tenedor
(Come ayudándose solo del pan.)
no cataré una tajada.
Usted se reirá de mí...
- BALT. ¿Yo? No tal, vano recelo...
- JUAN. Las gentes de poco pelo
nos arreglamos así.
- BALT. Cierto, Juan, eso no es malo.
Sigo la conversacion.
- JUAN. Pero ¡maldito jamon!
está mas duro que un palo.
- BALT. ¡Es inútil todo ardid!
Si no quiere lo que quiero,
usted se marcha á Fitero,
y yo me quedo en Madrid.
- JUAN. Usted así lo calcula;
yo no sé nada, señor.
Yo estaba en el parador
con mi chico y con mi mula.
- BALT. Usted no puede ignorar
que Enrique es de Blanca amante;
casémoslos... ¡y adelante!
No se puede usted quejar.

- JUAN. ¡Ah! no sé qué resolver...
siendo de su clase, pase;
pero siendo de otra clase,
ella no debió creer...
- BALT. Amarle evitar debió,
mas si el amor la sugiere...
- JUAN. Bueno, bueno; usted lo quiere:
pero no lo quiero yo.
No tal; sé bien lo que digo.
¡Será cosa muy pesada
que por mí esté deshonrada
la familia de un amigo!
Ni es bien que á su plan me cuadre,
porque fué un abandonado:
hijo, tenga usted cuidado!
Pues qué, ¿no hay mas que ser padre?
¡Nada, yo soy inclemente!
Vaya un puro...
- BALT. Venga acá.
- JUAN. Hombre, ¿lo gasta usted ya?
(¡Cómo muda aqui la gente!)
En fin, consiento.
- BALT. ¿Eh?
- JUAN. Consiento.
- BALT. ¡Gracias! déme usted la mano..
- JUAN. ¡Mi chico es pobre y villano!
- BALT. No importa. (Levantándose.)
- JUAN. Tome usted asiento.
¿Y Anacleto?
- BALT. Eso... despues...
El asunto está indeciso.
Ya sabe usted el compromiso
con la niña del Marqués.
- JUAN. En vano se hace el moscon
y con excusas me sale.
¡Sepa usted que Juana vale
mas pesetas que Aragon!
- JUAN. ¿Cree usted que es mejor su chico?
- BALT. Yo en tal cosa no me meto...
- JUAN. ¡Bah! pues si el tal Anacleto
tiene una cara de mico!...
Como campesino honrado

se lo voy á declarar:
usted me quiere engañar
y vá á salir engañado.
Son dos piedras ¡no hay tu tia!
que usted huya ó que no huya;
si usted me tira la suya,
yo le he de tirar la mía.
¿Lo oye usted? nada me arredra.
¿Lo oye usted? yo nada exijo.
Estamos hijo por hijo;
es decir, piedra por piedra.
Usted quiere ¡qué ocurrencia!
ver si á Blanca casar puede,
y que mi chica se quede
á la luna de Valencia.
Es un caso peligroso:
bien comprendo su dolor...
Pero... ¿muchacha?...

JACINTA. ¡Señor!

JUAN. Este jamon está soso.

BALT. Perez... ¿es cosa resuelta?... (Se levanta.)

Juan. Eso... despues se verá.

ESCENA X.

DICHOS, ANSELMO.

ANSELMO. La mula le aguarda. (Váse.)

JUAN. ¡Ah!

Me marchó á dar una vuelta.

BALT. Ya que convenio no cabe,
seguiremos á un compás...

JUAN. ¡Oiga usted!

BALT. ¡No escucho mas!

JUAN. Oiga usted, que es cosa grave.
Ignorando ayer, señor,
lo que despues he sabido,
mi hijo está comprometido
con la hija del parador.

BALT. ¡No espere que tal suceda!

JUAN. ¡Pues nadie de aqui me arranca!

BALT. ¿Y cómo queda mi Blanca?

- JUAN. Y mi Juana, ¿cómo queda?
¿Á su casa no fui yo?
¿no le he suplicado allí?
¿Y me pide usted á mí
lo que usted á mí me negó?
Pues no haga ¡voto á Satan!
que se me ahume el pescado,
porque sale derrengado
como yo me llamo Juan.
- BALT. En fin, pues toma tal giro,
nada falta que tratar... (Yéndose.)
- MERCED. Te equivocas, Baltasar,
falta la madre.
- BALT. ¿Qué miro?
(Doña Merced cierra la puerta del fondo.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, DOÑA MERCED.

- BALT. ¡Á casa vuélvete!
- MERCED. ¡Ah! ¡no!
¿Y Blanca?
- BALT. ¡Haz lo que te digo!
Blanca... que sufra el castigo,
pues sin mi permiso amó.
- JUAN. ¿Permiso? ¡Esta si que es buena!
- MERCED. No, Baltasar, no exageres,
haciendo de las mujeres
un simple reloj de arena.
Pura y casta es su pasión,
y respetarla es preciso,
ya que sin nuestro permiso
palpita su corazón.
- BALT. ¡Merced, no admito reparo!
No es justo que ese hombre rija...
- MERCED. Juana debe ser mi hija,
y como madre la amparo.
- BALT. Te prohibo...
- MERCED. Baltasar,
no te puedo obedecer.
¡Perdona! Soy tu mujer;

pero soy madre á la par.

¡Ah! ten ese frenesí

conque aqui el luto derramas,

y si es verdad que me amas

házlo, Baltasar, por mí!

BALT. (¿Qué hacer? ¡Estoy en un potro!)

JUAN. (¡Veremos qué hace este hombre!)

BALT. ¡Pero mi nombre!...

MERCED. ¡Tu nombre

es no quitárselo á otro!

JOAN. ¿Su nombre? ¿Qué es lo que oí?

¡Pues y el mio, voto vá!

¿Se figura usted quizá

que soy algun jabalí?

JUAN. Bien, todo acabe...

JUAN. ¡Esa es grilla!

BALT. ¡Cómo!

JUAN. Por mi aprobacion

tiene usted que ir á Aragon

como yo vine á Castilla.

MERCED. ¡Señor Juan Perez, no tal!

JUAN. ¡Pues nadie mi intento trueca!

MERCED. ¡No! tambien la virtud peca
si es despiadada y brutal.

JUAN. ¿Aqui Juan Perez no vino?

¡pues que él vaya, cosa es fija!

No hay remedio, hija por hija,
y camino por camino.

(Doña Merced quiere hablar.)

Nada, es inútil su afan...

¡Basta de enredos y luchas!

¡El que quiera coger truchas!...

ya sabe usted el refran.

(Otro movimiento en D. Baltasar y Doña Merced.)

Será una rudeza al cabo,

mas ni á mi padre respeto:

soy aragonés que meto

la cabeza por un clavo!

BALT. Á ello no accede mi honor,

ya es cuestion de dignidad.

JUAN. Será una brutalidad,

pero me marchó...

(Vase, se abre la puerta del fondo, y aparecen Blanca, Enrique y Anacleto, impidiéndole el paso.)

LOS TRES. (Suplicando.) ¡Señor!

ESCENA ÚLTIMA.

LOS ANTERIORES, BLANCA, ENRIQUE Y ANACLETO.

- JUAN. ¡Qué ganas, doña Merced,
tuve—son intentos malos—
de dar diez ó doce palos
á su marido de usted!
- BALT. Ahora el dote...
- MERCED. (Bajo á Baltasar.) Nada digas.
- JUAN. Mi hijo dote no buscó.
Que trabaje como yo,
y si no hay patatas, migas.
Yo, pobre como las ratas,
gané para su sosten...
Tú, que seas hombre de bien! (Á Enrique.)
á ver cómo me la tratas.
¡Dios te bendiga! No llores... (Á Blanca.)
Ahora tomaré el portante,
pero Anacleto, delante.
¡Vaya! hasta mas ver, señores.
- MERCED. La boda ha de presenciar...
- ENR. {
- BLANCA. { ¡Señor! (Abrazándole.)
- BALT. (¡Me venció el bellaco!)
- JUAN. ¡Por vida del otro Baco,
que me harán gimotear!
(Abraza á los dos: llora.)
- MERCED. No es su talento profundo
mas su honradez ha probado.
¡Baltasar, un hombre honrado
vale por todo en el mundo!
(Bajo á D. Baltasar.)
- JUAN. Lo que es tener corazon
y pedir lo que es debido!
Al fin y al cabo ha vencido
un rústico de Aragon.
Que nunca lo olvide espero,

ya que me habló de su nombre;
(Á D. Baltasar, alto.)
¡para deshonrar á un hombre,
no basta tener dinero!
(Los dos últimos versos los dice al público.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, si se hacen las supresiones atajadas en la escena V del acto primero y en la VII del acto tercero.

Madrid 17 de Diciembre de 1861.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Quedan hechas las supresiones indicadas por la censura.

EL AUTOR.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

CHICAGO, ILL. 60607

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

... y María.
... id en 1818.
... id á vista de pájaro.

... o y Blanco.
... uno se entiende, ó un hom-
... tinido.
... eza contra nobleza.
... a todo oro lo que reluce.

... pla.

... sito de enmienda.
... r á rio revuelto.
... lla y por él.
... heridas las de honor, ó el
... gravio del Cld.
... a puerta del jardin.
... oso caballero es D. Dinero.
... tos veniales.

... convido al Coronell...
... mu cho abarca.
... uerte la mial
... a es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo..

Su Imágen.
Se salvo el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion fementina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira nocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de icórite.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

... lica y Medoro.
... as de buena ley.
... al mas feo.

... eylna la Gitana.
... do y Marte.
... o y Flora.

... senando.
... a Mariquita.
... Crisanto, ó el Alcalde pro-
... dor.

... achiller.
... octrino.
... nsayo de una ópera.
... alesero y la maja.
... erro del hortelano.
... euta y en Marruecos.
... on en la ratonera.
... tmo mono.
... edos de carnaval.
... elirio (drama lirico.)
... ostillon de la Rioja (*Música*)
... izconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.	Lugo	Viuda de Pujol.
Albacete	Perez.	Malón	Vinent.
Alcoy	Martí.	Málaga	Taboadela.
Algeciras	Almenara.	Idem	Cañavate.
Alicante	Ibarra.	Mataró	Abadal.
Almería	Alvarez.	Murcia	Hered. de Andrión.
Avila	Palomares.	Orense	Robles.
Badajoz	Rino.	Orihuela	Berruezo.
Barcelona	Hered. ^a de Mayol.	Osuna	Montero.
Idem	Cerdá.	Oviedo	Mántaras.
Bejar	Coron.	Palencia	Gutierrez é hijos.
Bilbao	Astuy.	Palma	Gelabert.
Burgos	Hervias.	Pamplona	Barrena.
Cáceres	Valiente.	Pontevedra	Verea y Vila.
Cádiz	V. de Moraleda.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena	Muñoz Garcia.	Reus	Prius.
Castellón	Perales.	Ronda	Gutierrez.
Ceuta	Molina.	Salamanca	Huebra.
Ciudad-Real	Arellano.	San Fernando	Meneses.
Ciudad-Rodrigo	Tejada.	Sanlúcar	Esper.
Córdoba	Lozano.	Santa Cruz de Te-	
Coruña	García Alvarez.	nerife	Power.
Cuenca	Mariana.	Santander	Laparte.
Ecija	García.	Santiago	Escribano.
Ferrol	Taxonera.	San Sebastian	Garralda.
Figueras	Bosch.	Segorbe	Mengol.
Gerona	Dorca.	Segovia	Salcedo.
Gijón	Crespo y Cruz.	Sevilla	Alvarez y Comp.
Granada	Zamora.	Soria	Rioja.
Guadalajara	Oñana.	Talavera	Castro.
Habana	Charlain y Fernz.	Tarragona	Pujol
Haro	Quintana.	Teruel	Baquedano.
Huelva	Osorno.	Toledo	Hernandez.
Huesca	Guillen.	Toro	Tejedor.
I. de Puerto-Rico	Mestre.	Valencia	Moles.
Jaen	Idalgo.	Valladolid	H. de Rodriguez.
Jerez	Alvarez.	Vigo	Fernandez Dios.
Leon	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida	Sol.	Vitoria	Galindo.
Logroño	Verdejo.	Ubeda	C. Treviño.
Lorca	Gomez.	Zamora	Fuertes.
Cucena	Cabeza.	Zaragoza	V. de Heredia.